

RELATO CORTO

LOS HILOS INVISIBLES

Hay instantes y recuerdos que quedan suspendidos en el aire, como esas motas de polvo que nos empeñamos en contar mientras bailan inconscientes en un rayo de sol. Cuando rememoro los míos tienen dos escenarios y una sola certeza: cuidar es un acto de amor, pero gestionar es el compromiso de que ese amor sea eficiente.

Cuando recuerdo mi infancia, esta está impregnada por una parte del temor y vulnerabilidad de una niña en una cama de hospital con ese olor a antiséptico rodeándola y por otra de recuerdos de otra cama, esta vez en casa, en la que yacía un abuelo despidiéndose de nosotros.

De esa cama, en la que te sentías pequeña y sola, donde el tiempo parecía avanzar más despacio atesorando momentos. Recuerdo el hospital como un espacio donde las enfermeras se movían como hormigas laboriosas. Allí conocí el cuidado de la urgencia: manos rápidas, voces precisas, el miedo domesticado por la técnica.

Pero fue en Atención Primaria donde comprendí la gestión de la vida. La enfermera de familia no solo le cambiaba los apósitos a mi abuelo; ella sabía que en casa no teníamos ascensor, que mi abuela era la cuidadora principal y que todas necesitábamos que nos acompañaran en ese proceso que solo nos quería hacer llorar.

Ella, su enfermera, no solo curaba; ella coordinaba un universo pequeño para que nada fallara. Ese fue mi primer contacto con la gestión: reconocer en ella el arte de encajar la realidad de una familia en los recursos de un sistema.

Más de veinte años después, me encuentro sentada al otro lado de la mesa. Soy enfermera, pero hoy mi uniforme está conformado por hilos que me han llevado a asumir una responsabilidad que va más allá de la aplicación de tratamientos y de acompañar en los procesos de la vida. Soy gestora en Atención Primaria.

Con frecuencia, observo como mis antiguos compañeros me miran con una mezcla de respeto y distancia. Cuando posan sus ojos en mí en realidad creen que me he mudado "al lado oscuro" de los despachos. Que he cambiado la calidez del paciente, el trato humano, por la frialdad del Excel y de los datos que creen que no les representan. Lo que no saben es que cada vez que peleo por un recurso, cada vez que reorganizo las agendas de un centro o que insisto en la profesionalización de nuestra formación como líderes, lo hago precisamente para que ellos no pierdan esa calidez.

Me gusta imaginar que la gestión es como coser una herida: si no eliges bien el hilo y no mides con precisión la tensión y como realizar la sutura, acabará por deshacerse al primer movimiento. Y en Primaria, el movimiento es constante.

Las necesidades son constantes. El analizarlas y evaluarlas son una tarea que requiere conocimiento, experiencia, saber hacer, empatía... requiere estar formados.

Cualquier mañana en uno de nuestros centros visto desde fuera nos puede parecer una olla a presión. Bajas sin cubrir, una campaña de vacunación que desborda las agendas y la sensación de que el barco hace aguas. Esto requiere reunir a los profesionales y exponerles qué recursos tenemos y qué vamos a hacer con ellos. Las caras en muchos casos son un mapa de cansancio y desilusión.

Escuchar las diferentes expresiones que reflejan ese malestar se repiten: No podemos más. Esto ya no es enfermería. Queremos cuidar, no rellenar casillas. Y como gestora y como parte de este todo, estas cosas dejan huella en el corazón. Siento su peso porque también es el mío.

Empatizo con ese agotamiento, pero los miro y pienso: sin formación específica en gestión, sin conocer cómo optimizar estos procesos, hoy nosotras como gestoras no estaríamos aquí sentadas buscando una solución. Estaríamos simplemente sobreviviendo al caos.

Cuando miro a mis compañeras en la Dirección Asistencial entiendo que la profesionalización de la gestión enfermera es lo que permite que hoy, a pesar de todas las incidencias, hayamos podido priorizar lo importante: el cuidado y el acompañamiento a nuestros pacientes, el eje central y vertebrador de nuestra vocación de servicio.

Me gusta imaginar, como enfermera cuidadora que gestionar es eso, cuidar a lo grande. Miro día a día y admiro a mis compañeras. Encuentro en ellas a profesionales que lideran equipos con criterios técnicos y científicos de gestión y entiendo que sin ellas no nos limitaríamos nada más que a sobrevivir. Y entonces recuerdo el hospital y la indefensión, recuerdo a la enfermera sosteniendo las manos de mis abuelos acompañándoles... y recuerdo por qué decidí estar aquí. Deseé poner todo lo que era en ayudar a que todas esas necesidades, toda esa vulnerabilidad, no estuviesen desamparadas.

Es primordial entender desde el amor que la gestión no es un trámite; es la herramienta que protege el tiempo con el paciente. Es lo que marca la diferencia para que una enfermera pueda estar quince minutos con ese mayor y esa familia que requieren que se les sostenga, para que en un lugar como aquella cama de hospital una niña se sienta menos sola. Deseé y creí en ello y hoy estoy aquí peleando con datos, con indicadores y con una estrategia profesional.

El momento actual nos lleva a la reflexión. ¿Cómo debe ser la gestión? ¿Cómo debo actuar yo? No se debe actuar por inercia, sino por preparación específica. Un gestor que no entiende la esencia del cuidado es un administrador de objetos, pero un enfermero gestor profesionalizado es un arquitecto de la salud. La profesionalización nos dice que hay que saber gestionar conflictos, recursos humanos y emociones. Hay que saber liderar el cambio.

Al final del día, cuando la Dirección se queda en silencio y solo se oye el zumbido de los ordenadores, salgo a caminar por los pasillos. Miro las salas en las que mis compañeras han lidiado con mil y una batallas para proteger el cuidado profesionalizado. Entonces recuerdo a aquella niña que miraba a su enfermera organizar las visitas, los viales y las esperanzas. Hoy entiendo que era una gestora intuitiva, pero que el mundo de hoy exige algo más. Exige una excelencia en la gestión que esté a la altura de nuestra excelencia clínica. Es nuestra obligación como gestoras también liderar y despertar inquietudes para que esa formación en liderazgo trascienda a nuestros equipos de profesionales, que generemos desde la conciencia esa necesidad. Pelear para que los hilos invisibles no se rompan.

Anhelo con esperanza poder transmitir que mi labor como gestora no es una huida de la primera línea, sino un paso hacia una trinchera diferente desde donde se protege todo lo demás. La gestión enfermera es la ciencia de hacer posible lo necesario. Es el mapa que dibujamos para que nadie, ni profesional ni paciente, camine nunca a ciegas.

Porque al final, cuidar es un arte, pero asegurar que ese arte pueda ocurrir cada día, a pesar de todo, es la mayor responsabilidad de nuestra profesión.